

Botas verdes



Abraham José Mendoza Diloy

Texto ganador de 2021

Mi madre se enteró de la peor forma posible. Al parecer estaba viendo una telenovela y sin querer, al ir a subir el volumen, cambió de canal. Estaban echando un reportaje sobre el Everest. Así que ya no pudo cambiar. Lo reconoció por las botas, fue hasta el álbum de fotos para confirmar que eran las mismas botas verdes que ella le había regalado. Al final, en el propio documental, lo confirmaban diciendo su nombre. Seguidamente me llamó en un llanto. La pobre creía que yo tampoco lo sabía:

—¿Mamá estás bien?, ¿Qué te pasa?

—Es tu hermano, sigue muerto, ha salido en televisión.

—¿Qué quieres decir con que sigue muerto?

—Que sigue muerto en el Everest, que no está en su tumba.

Si me hubieran dado un puñetazo me hubiera sentido menos culpable. Habíamos enterrado a mi hermano en un ataúd vacío, con la complicidad de toda mi familia y del padre Ángel, el párroco del pueblo. No me costó convencerlos cuando apelé a la edad de mi madre, a su estado de salud y al disgusto de contarle que no podían bajarlo del Everest. Ahora toda mi familia tenía que fingir que yo les había engañado también a ellos. Sé que fui un cobarde, pero cómo le puedes explicar a una madre que no puede enterrar a su

hijo muerto, que no merece el esfuerzo de bajarlo para enterrarlo entre los suyos.

Wenceslao siempre había sido su preferido. El mío también. Lo era de todos. No solo era el pequeño de la casa, sino que jamás se quejaba por nada, siempre con una sonrisa, siempre haciendo deporte, siempre llano, sencillo, sin complicarse la vida por ningún motivo. Era de esas personas que van un metro por encima de la tierra y jamás les toca el barro. Me encantaba verle y hablar de cosas intrascendentes, solo estar con él ya me animaba. Las comidas familiares solían acabar con sus anécdotas sobre la montaña, pero nunca presumía, sino que te contaba cómo era un mar de nubes desde el cielo, la soledad de las noches, o el llanto de algunos montañeros al llegar a la cumbre. Ya había subido el Everest en una ocasión, y cuando me dijo que esta vez lo iba a hacer sin oxígeno ni siquiera me molesté en advertirle del peligro. Tenía ese brillo de determinación en los ojos que había patentado y que te decía, que la decisión, ya estaba tomada. Recuerdo que le dije que me trajera una piedra de la cima, como hacía siempre que subía un ocho mil, y que por entonces yo usaba de pisapapeles en mi despacho. Ahora las guardo en una caja con alguna de sus cosas, nuestras fotos juntos, y su billete de vuelta de Nepal que no usó.

Mi madre no quiso entenderlo, si iba tanta gente a la cima como se quejaban en el documental: ¿cómo era posible que no pudieran bajarlo? —Se preguntaba. Yo le explicaba que había mucho riesgo, que hay muy poco oxígeno a esa altura, que prácticamente no se pueden hacer esfuerzos, que el riesgo de la supuesta expedición de rescate sería muy alto. Pero no podía enten-

derlo, y en el fondo yo tampoco— Le han puesto un mote —decía entre sollozos— Le llaman botas verdes, ¡botas verdes! —Nunca había visto a mi madre con tanta rabia contenida— Lo utilizan como punto de referencia para subir a la cima, ¡a tu hermano! —Verla así me partía el alma— No te perdonaré nunca que me mintieras, no hasta que bajes a tu hermano de esa maldita montaña.

Cruí que a pesar del dolor el tiempo me devolvería a mi madre tal y como había sido siempre, pero me equivocaba. Nunca dejaba de hablar de mi hermano. Cuando se cayó y se rompió la cadera todo se fue complicando, los años se le echaron encima para no soltarla. La vitalidad de la que siempre hacía gala desapareció y con ella el buen humor. Volvió a casa con una prótesis nueva, pero para entonces ya se había convertido en otra persona, en una anciana miedosa que no quería salir a la calle, ni ver a la familia, solo hablaba de mi padre y de mi hermano, ambos fallecidos. Más tarde empezó a hablar de su padre, a olvidarse del nombre de las cosas y del año en que vivía. La llevamos al médico para que nos confirmara el comienzo de un deterioro cognitivo por microinfartos. Un mes más tarde, después de cenar, mientras estaba viendo la tele, sufrió una apoplejía. La enterramos junto a la tumba vacía de mi hermano. La familia intentó apoyarme, darme ánimos. Pero todos pensaban que había muerto por el disgusto de mi hermano. Y yo también.

—Tu madre fue una gran mujer —me dijo el padre Ángel

—Muchas gracias padre, desde que se rompió la cadera había perdido mucho.

—¿Sabes que me llamó hace un mes o algo así?

—No, no tenía ni idea, no me comentó nada.

—Bueno, quería que hiciéramos una colecta en la iglesia para recuperar el cuerpo de tu hermano.

In **tenté** recobrar mi vida como hacía siempre que tenía que superar una pérdida, me centré en el trabajo, o iba al gimnasio o a correr al parque, lo que fuera necesario para no pensar. Por el día funcionaba realmente bien, pero por las noches no conseguía dormir más de dos horas seguidas. Al principio me quedaba en la cama en silencio, a oscuras, esperando que el sueño viniera por aburrimiento. Luego empecé a levantarme para tomar infusiones de tila, más tarde probé haciendo estiramientos que había visto en internet y al final sucumbí a la meditación que siempre había resultado un somnífero eficaz. Pero no lograba dormir y cuando lo hacía soñaba con mi hermano:

«Él está ahí en la nieve, con esa sonrisa eterna suya, de repente me pregunta: “¿Qué estás haciendo?”. Yo no entiendo qué es lo que me está preguntado, luego gira la cabeza y llama la atención a un montañero que está lejos: “por ahí no es la cima, es por aquí”. Lo dice alzando la voz, pero el hombre no parece oírle y sigue su camino. “Maldita sea —me dice— va directamente al precipicio”, entonces los dos nos ponemos a gritar y a levantar los brazos para llamar su atención, pero el hombre continúa avanzando. Lo hacemos con todas nuestras fuerzas, mi hermano está cada vez más desesperado, entonces se gira hacia mí, me agarra del pecho y me grita: “¿Qué estás haciendo?, ¿es que no me oyes?”. Y de repente dejó de estar al lado de mi hermano y soy yo el hombre al que

estamos llamando, giro la cabeza y veo a mi hermano a lo lejos agitando los brazos para que me pare, pero justo en ese momento mi pie no encuentra el suelo y me precipito hacia el abismo, grito desesperado, sé que estoy perdido. Mientras me voy cayendo veo como mi hermano se asoma por el precipicio. Cada vez estoy más lejos, así que me preparo para el golpe, aunque sé que voy a morir. Justo en el último momento se asoma la cabeza de mi madre y le dice algo al oído a mi hermano. Al tocar el suelo me despierto de un grito».

Es **a** vez todo el vagón se me quedó mirando. Me había dormido en el metro camino a casa, aunque tardé unos segundos en entenderlo. Unos chicos jóvenes se rieron desde sus asientos del fondo, pero la mayoría de la gente volvió a sus móviles, excepto una mujer que me miraba fijamente, juzgándome, con una severidad injustificada. Empezaba a recuperar la respiración cuando las palabras de mi hermano se repitieron en mi cabeza: ¿qué estás haciendo?

A la mañana siguiente me desperté de un largo sueño reparador. No había sonado el despertador y por primera vez en toda mi vida me había dormido. Al principio me sobresalté pensando en ir corriendo al trabajo, al ver que era demasiado tarde para eso, decidí darme una ducha tranquilo. Ya habría tiempo de pedir disculpas. Algo había cambiado. En ese momento la idea empezó a germinarse en mi cabeza

—¿Dígame?

—¿Manuel?, mira, soy Isaac, el hermano de Wenceslao.

—Oh, Isaac, sí, el hermano de Wen.

—Sí Wen, ya no me acordaba que lo llamabas así.

Se hizo un incómodo silencio, nos habíamos visto una vez antes del funeral, pero los dos sabíamos prácticamente toda vida del otro por las cosas que nos contaba mi hermano.

—Voy a ir a buscarlo —dije sin más preámbulos.

Se volvió a hacer un silencio, aún más incómodo.

—Mira lo entiendo, tío. Yo quería mucho a tu hermano, por eso..., lo he dejado. Ya he visto más montaña que la que necesitaba, yo...

—Perdona, no te estoy pidiendo que me acompañes, quiero que me ayudes a prepararme.

—¿A prepararte?, pero se necesita mucha pasta, tendrás que buscar financiación, montar una expedición, pedir permisos, y en el caso que consiguieras bajar el —se quedó en silencio buscando la palabra adecuada— si consigues bajar con tu hermano tendrás que hablar con la embajada.

—Bueno, soy abogado, el papeleo no me va a detener, y para el dinero ya tengo un par de ideas de financiación.

Se hizo otro silencio. Se lo estaba pensando.

—Estás hablando en serio, ¿verdad?

—Sí, voy a ir, con tu ayuda o sin ella.

Hasta ese momento no había verbalizado la idea, simplemente había sido una posibilidad, pero nada más acabar esa frase comprendí que el viaje acababa de empezar.

—Pues tenemos un largo camino por delante. Eres igual de tozudo que tu hermano, ¿lo sabías?

—Nos viene por la parte de mi madre.

—contesté con una sonrisa.

La primera vez que quedé con Manuel hablamos largo y tendido sobre el proyec-

to. Creo que intentó ponerlo todo lo más negro posible para que renunciara. Pero yo había hecho los deberes y fui superando todas sus objeciones. Cuando no se le ocurrió ninguna pega más sobre la organización empezó con la preparación física. Bueno, estaba claro que me tenía que preparar a fondo los próximos meses, pero llevaba años haciendo deporte, había participado en varias maratones populares y aunque de manera más amateur había subido algunos picos con mi hermano y sabía que él podría enseñarme lo que me faltaba por saber. A pesar de todo Manuel seguía poniendo pegadas, había algo más que le inquietaba, al final decidí ir al grano.

— ¿Qué es lo que de verdad te preocupa?

Manuel se me quedó mirando, después bebió un trago de su cerveza para coger fuerzas y lo soltó:

— No sabes lo que es eso tío, después del campamento cuatro, cuando llegas a los ocho mil el mundo se te viene encima. Tío, de repente el tiempo se para. Si tienes suerte y hace un buen día te mueves como si pesaras cien putos kilos más. Tienes que concentrarte para cada respiración y sientes que en cualquier momento el tórax se parará. No hay forma para prepararte para esa borrachera, no puedes pensar, andar es lo máximo en lo que te puedes concentrar.

— Ya sé que será complicado —intente calmarlo— llevaremos oxígeno, sherpas y saldremos con el pronóstico del tiempo, ahora afinan cada vez más, es raro que te sorprenda una tormenta.

— Ya, eso ya lo sé. Pero no es a eso a lo que me refiero.

— ¿Qué quieres decir? —aún había algo más que le preocupaba.

—En esas condiciones, aún con todo a favor, el tiempo, el oxígeno, etc... ¿Cómo vas a poder cargar con el cuerpo de tu hermano? —Vi la preocupación en sus ojos—. Tu hermano debería pesar unos 90 kilos cuando subimos. ¿Cómo vas a cargar con él?, esto no es llegar, te lo echas al hombro y bajas. Si no puedes ni andar con el peso de las bombonas de oxígeno. ¿cómo vas a cargar con ese peso?

No tenía respuestas para esa pregunta, a ese punto todavía no había llegado, me había concentrado en subir, pero en ningún momento me había planteado cómo bajar.

—Bueno —improvisé— Tendremos que pensar en algo.

—Es imposible tío, los cuerpos que han bajado no están tan arriba. Lo llaman la zona de la muerte por algo, tío. Cuando están tan altos los propios sherpas los ocultan, les ponen rocas y los dejan fuera del camino para que la gente no los vea. No sería el primer rescate de un cuerpo que acaba en tragedia.

Sabía lo que quería decir. Ya había pertenecido a la expedición de Wenceslao, y no quería forma parte de otra que pusiera en riesgo la vida del hermano. Aunque consciente del peligro no me había parado a pensar que podía quedarme en esa maldita montaña. A fin de cuentas, mi hermano era un ganador, mejor alpinista de lo que yo sería jamás y había perdido. ¿Qué esperanzas podía tener de vencer?

— ¿Cuántos hay ahí arriba? —Pregunté, hasta entonces no había hablado tan directamente de la muerte.

—Nadie lo sabe, tío, se calcula que hay unos doscientos, pero que sepan dónde están como tu hermano unas decenas.

Me quedé sin palabras, todavía no sabía cómo bajaría el cuerpo de mi hermano. Manuel se había quedado en silencio, mirando un punto fijo, se encontraba lejos, posiblemente a miles de metros de altura.

—Desde que me llamaste —me dijo angustiada— no he podido dejar de pensarlo, ayer estuve toda la noche dándole vueltas y también he buscado en internet, pero no lo tengo nada claro, ¿sabes si un cuerpo pesa más congelado?

Los siguientes meses pasaron volando con una sola palabra en la cabeza: Everest. Mi mundo se resumió al viaje y todo lo que hacía estaba relacionado de alguna u otra forma con la expedición: la comida, el ejercicio, las horas que dormía, los fines de semana, todo. Mi vida dejó de pertenecerme para ser la parte de un proyecto: bajar a mi hermano. Conseguí los permisos gracias a los contactos que tenía en el misterio. Tenía en el móvil el teléfono particular del cónsul y de varios de los funcionarios. Todo estaba organizado. Conseguí un grupo de sherpas con la ayuda de Manuel que sabían de antemano el objetivo del ascenso. Establecimos los días que íbamos a permanecer en cada uno de los campamentos base, la comida, el oxígeno. Hasta teníamos el plan para bajarlo que, aunque no muy convencido, había sido aprobado por Manuel. Consistía en subir entre todos por piezas un trineo de una aleación de aluminio, lo montaríamos en la cima, subiríamos a mi hermano en él y comenzaríamos el descenso. Los últimos días antes del viaje, a recomendación de Manuel, bajé la intensidad de los entrenamientos y volví al pueblo; la calma antes de la tormenta.

— ¿Así que al final vas a ir a buscar a tu hermano?

—Ya veo que las noticias corren.

—En los pueblos pequeños las mentiras y los secretos tienen las patas muy cortas — El padre Ángel hizo una pequeña pausa y continuó— Hijo, siempre he tenido mucho apego por tu familia. ¿Estás seguro de que merece la pena tanto sacrificio?

Me quedé unos segundos pensando antes de contestar. — Se lo debo a Wenceslao —medité un segundo— y también se lo debo a ella. No se preocupe, padre, todo saldrá bien.

—Claro, claro —nos quedamos unos segundos andando en silencio—. Nos llegó a la iglesia todas las cosas de tu madre, gracias por la donación, aquí nunca sobran las ayudas, pero con la ropa y sus cosas también llegó un suculento cheque —buscó las palabras adecuadas— me parece excesivo, incluso para ti. La iglesia solo ha recibido una suma parecida cuando falleció el antiguo alcalde, era un gran pecador —dijo con picardía— y supongo que se quería reconciliar con el más allá. Aunque la verdad es que no tenía a nadie a quien darle el dinero. Y eso me lleva a pensar si no estarás tú en la misma situación. Si no estarás pensando en quedarte en esa montaña —el padre me miraba como si quisiera ver más en mi cara que en mis palabras la verdadera respuesta.

No pude evitar apreciar su sincera preocupación.

—Tranquilo, padre. Tengo planeado venir al pueblo todos los veranos.

—Ya, pero el dinero...

—No se preocupe. Vendí la casa de mi madre en la ciudad. Necesitaba dinero y me sobraban casas —resumí encogiéndome de hombros— Sé que a mi madre le hubiera gustado el destino que le he dado al dinero, a fin de cuentas, era su casa.

Al padre Ángel parecieron convencerles mis respuestas, y siguió andando ahora más calmado.

—Siempre que pienso en vosotros me acuerdo del día que os pillé robando peras en los campos del panadero. Tú ya habías saltado el muro de la finca, justo unos metros delante de mí. Tu hermano al ver que te cogía del brazo se negaba a bajar. Recuerdo que me gritaba que te soltara, hasta llegó a amenazarme con tirarme una pera —me acordaba perfectamente de aquella anécdota, nos habíamos reído muchas veces recordándola— Él, tozudo, no bajaba y yo le gritaba que lo hiciera. Ya estaba pensando en qué decirles a tus padres. Y entonces confesaste que toda la culpa era tuya, que tu hermano pequeño te había seguido.

—Sí, él tenía diez años.

—Creí que luego te echarías atrás, pero cumpliste con tu castigo.

—Sí, el panadero me tuvo una semana de bracero trabajando sus tierras. Al final me dio una propina y todo —recordé sonriendo.

—A los pocos días tu hermano vino al confesionario, —dijo el padre mirando a lo lejos— me dijo que todo había sido idea suya, que tu solo lo seguías y que al final habías entrado para impedir que cogiera más peras.

No sabía que Wenceslao se hubiera confesado.

—No les debes nada, Isaac, siempre cuidaste de ambos muy bien —dijo mirándome a los ojos y dándome una palmada en la mejilla a modo de despedida antes de irse andando, cuando llevaba unos metros se volvió y me gritó— No te olvides pasarte por la iglesia antes de irte. quiero bendecir tu misión.

El Everest me acogió en sus brazos como uno de los suyos. Pronto se corrió la voz del objetivo de mi empresa y fueron varios los montañeros y expediciones que se pusieron en contacto conmigo para ayudarme en la misión. Me aconsejaban sobre el día y la hora más indicada para las ascensiones a cada uno de los campamentos base. Los sherpas, cuando se cruzaban conmigo, independientemente de que los conociera o no, me saludaban con una pequeña inclinación de cabeza. Me sentía como el niño bonito del Everest. Todo fue bien hasta que empezamos a subir.

El campamento uno y dos no se hicieron muy duros. Pero a partir del campamento tres todo fue nuevo y costoso. Apa era el jefe de los cinco sherpas que me acompañaban, y prácticamente quien tomaba todas las decisiones, eso sí, siempre daba la sensación de consultarme. Yo asentía a todas sus sugerencias y fuimos trazando cierta amistad basada en el respeto mutuo. El día que llegamos al campamento cuatro empezó el mal tiempo. No era una tormenta, y las expediciones seguían haciendo cima, pero yo creía que había llegado al infierno. Me sentía tan agotado que ni me quejaba del dolor, a veces la comida me parecía escasa y en otros momentos era incapaz de tomar nada más contundente que un caldo. Empecé a dudar seriamente si sería capaz de subir. El pronóstico del tiempo empeoraba para los próximos días, así que con Apa decidimos subir al día siguiente, si no tendría que abandonar la expedición.

Esa última noche nos reunimos en mi tienda para ultimar los preparativos, una vez en marcha no se habla mucho, se guarda el aliento para subir. Los Sherpas estaban tranquilos y bromeaban entre ellos, sus

risas me calmaban más que cualquier otro consejo que me hubieran dado.

—¿Qué dicen? —le pregunté a Apa.

—Están bromeando, Ankaji, dice que si hubieras nacido en el Tíbet no hubiera hecho falta esta expedición. —Ankaji, que era el más joven de la expedición, me miraba divertido—. En muchos de los pueblos de las montañas se celebra el “entierro celestial”. Los cuerpos de los fallecidos son llevados a las montañas para que se alimenten los espíritus en forma de aves. —Los debí mirar con cara de sorpresa porque todos se rieron de mi expresión.

—¿Se los comen los buitres? —Pregunté incrédulo para asegurarme que lo había entendido bien.

Todos se rieron cuando Apa les traducía.

—Los cuerpos vuelven al comienzo, a formar parte de la naturaleza. Todos somos parte de las montañas, de los animales y al morir sencillamente volvemos al punto de partida.

—No voy a negar que me parece una medida muy práctica. —dije bromeando.

Su**bi**mos los seis con botellas de oxígeno, en una marcha lenta pero decidida. Había dedicado casi un año de mi vida para este momento y no iba ceder ahora. Cuando vi el primer cuerpo pensé que era Wenceslao y para mi sorpresa en lugar de horrorizarme pensé que ya no tendría que subir más. Pero, como pronto me indicó Apa, no se trataba de mi hermano. Una hora más tarde nos cruzamos con una expedición americana, que nos pidieron ayuda porque habían extraviado a un miembro de su grupo. Apa les mandó al campamento cuatro. No tenían oxígeno ni fuerzas para seguir buscando, tendrían que pedir ayuda des-

de abajo. Nosotros continuaríamos con nuestra misión, teníamos pocas posibilidades de encontrarle ya que nuestro objetivo no era hacer cumbre. Me sentía mal al no poder ayudarles, pero la montaña era así. Tenía sus propias leyes. Además, sentía que a duras penas llegaría donde se encontraba mi hermano sin pedir yo mismo ayuda. La ascensión empezó a hacerse más penosa. Miraba al resto de los Sherpas que no cambiaban su expresión, aunque supongo que también estarían sufriendo a su manera, y seguramente dudando de mí. Cuando Apa se paró y señaló un bulto a lo lejos cogí fuerzas renovadas. “Botas Verdes” dijo alzando el brazo. Todos parecimos acelerar el paso ligeramente hasta la roca en la que se había protegido mi hermano y que a la postre fue su tumba. Al llegar vimos el otro cuerpo. Había otro montañero junto a mi hermano. Apa y otros dos Sherpas se adelantaron y enseguida le dieron oxígeno de sus bombonas. Sin duda era el americano perdido de la expedición anterior. Estaba semiinconsciente y tenía muy mal aspecto. Apa me miró con cara de preocupación “Hay que bajarlo ahora”, repetía. Sólo una frase, pero sabía lo que estaba pensando. Me estaba pidiendo que renunciáramos a mi hermano. Fue en ese momento cuando me fijé en el cuerpo de Wenceslao. Estaba acurrucado, con las piernas flexionadas, encogido. Supongo que él también esperó que le ayudaran. Que alguien viniera en su auxilio. Que ocurriera ese pequeño milagro que te mantiene vivo. “Hay que bajarlo” dije señalando al americano, todos nos pusimos en marcha, enseguida montamos el trineo y lo subimos. Tres de los Sherpas bajaron con él mientras Apa, Ankaji y yo, nos quedamos con Wenceslao. No tenía mucho sentido permanecer mucho tiempo ahí. Todo estaba perdido. Me quedé pensan-

do en decir unas palabras a mi hermano. Pero no era capaz de pensar con claridad. Entonces me fijé en el equipo del americano que se había quedado en la cima, al ver el piolet me vino la idea. Cortaríamos a mi hermano a trozos y lo bajaríamos en la mochila del yanqui. Cogí el piolet y golpeé con fuerza el cuerpo de mi hermano, pero para mi sorpresa no se quebraba. Seguí golpeando con los ojos llenos de lágrimas hasta que la mano de Apa me sujetó con fuerza mientras negaba con la cabeza. “No, No” repetía. Yo intenté soltarme de pura rabia, pero Apa no me soltó. Me miró a los ojos y con la calma que me faltaba me susurró “Él ya forma parte de la montaña”. Yo rompí a llorar sobre el cuerpo de mi hermano. Me acordé de mi madre: “no te perdonaré hasta que lo bajes”, me acordé del sueño: “¿qué estás haciendo?”, y me acordé de las palabras de mi hermano: “la idea fue mía, él sólo me siguió”. Y entonces comprendí que no podría bajarlo, que él siempre pertenecería a la montaña.

Me repuse, abracé a Apa y me dispuse a descender. Justo cuando iba a empezar la marcha me acordé. Volví a coger el piolet, pero esta vez no golpeé el cuerpo, sino que lo utilicé para abrir los bolsillos de su anorak. Los Sherpas me miraban con preocupación. Entonces encontré lo que buscaba. La piedra que Wenceslao había cogido en la cumbre para mí. Había hecho cima. Quizás tampoco había perdido esta batalla. Miré el horizonte desde la cima del mundo y me acordé de las palabras de mi hermano al describir su belleza. Sí, sin duda él hubiera preferido descansar aquí. Cuidando de otros montañeros. Formando parte de la montaña.